

El Instituto de Educación Física que he vivido¹

Gloria Cecilia Vallejo Rendón

Lic. Educación Educación Musical, Esp. Música y Pedagogía de La Danza, Mag. Lingüística. Docente investigadora adscrita a la Universidad de Antioquia. Correo: vallejogloriac@gmail.com

En aquellos días de 1978, cuando me vinculé al Instituto, la educación física se consideraba una disciplina menor, una actividad sólo practicada por algunos aventajados, en su mayoría por quienes podríamos denominar como los gomosos visionarios, personas que sacaban tiempo de sus actividades normales, pues no se conocían los deportistas de dedicación exclusiva, los que hoy conocemos como élites, quienes viven para y por la actividad física racionalizada y ponderada dentro de las más altas conquistas científico deportivas. Tanto es así, que lo que hoy conocemos como el Instituto de Educación Física se denominaba Departamento de Educación Física, adscrito a, y dependiente, de la Facultad de Educación, subalterno de ella.

Durante los amables días que pude vivir en la incipiente dependencia que hoy tenemos, se carecía de la implementación material avanzada y solamente disponíamos de elementos precisos y concretos en cada una de las actividades físico deportivas desplegadas, vale decir, balones de fútbol, de baloncesto, de voleibol, colchonetas, lazos, mancuernas, bastones, pesas, pelotas, clavos, claves, panderos, bates, bolas, manillas, pelotas, redes, etc. No se contaba en aquél entonces con la ayuda científico deportiva, ni con la conciencia de la importancia de la actividad física en el diario vivir, pues se asumía que ésta era disciplina reservada para atletas, nunca para el común de las gentes que hoy alternan la diaria actividad laboral o estudiantil, con la práctica lúdico deportiva. Muestra patente de las limitaciones la encontramos en aquella especie de *cuarto de san alejo*, ubicado debajo de las escalas de acceso al segundo piso del bloque 12, en donde se guardaban los implementos deportivos, la ropa diaria, y donde nos vestíamos para cumplir con el trabajo práctico, indispensable en algunas asignaturas; era pues depósito, locker y vestier a una.

También como manifestación de las limitaciones y carencias físicas de entonces, era el sistema de unas sillas adheridas al piso en el espacio en donde debíamos trabajar durante las clases. Cómo perturbaban tales asientos fijados para evitar que dispusieran de ellos para servir hasta de leña en los improvisados fogones que acompañaban las huelgas y los largos mítines estudiantiles.

Sometida, en lo posible, al hilo del tiempo, destaco que el programa académico tuvo grandes limitaciones en recursos durante su creación. No se disponía de posibilidades materiales y humanas, como vengo de decirlo. Por ello se imponía la creatividad y la recursividad en la docencia. En lo personal hube de ingeniármelas para enseñar actividades rítmico melódicas a quienes adelantaban estudios de educación física; actividades ambas que se miraban, quizás, incompatibles. Cómo les costaba a los educandos asimilar los principios de la gramática musical, más tarde incorporados a la dinámica corporal en el tiempo y en el espacio.

¹ El artículo se escribió en el año 2010 con motivo de la celebración de los cuarenta años del Instituto de Educación Física de la Universidad de Antioquia.

Las dificultades de organización imponían a los profesores una especie de peregrinaje por todas las dependencias universitarias con los bártulos a cuestas; dentro de una bolsa llevábamos la parafernalia didáctico deportiva. Allí metíamos los balones, las redes, las panderetas, los panderos, los uniformes, y hasta un pequeño tablero cargábamos debajo del brazo para ilustrar nuestras clases. Qué linda y qué fructífera improvisación. Aquí insisto en que las limitaciones padecidas por aquél tiempo se erigieron en estímulo insuperable que rindió los frutos hoy cosechados.

En la convocatoria de estos recuerdos, debo mencionar la planta de *gomosos* que encontré a mi llegada, como pioneros del Instituto: Elvia Correa, entusiasta jefe de departamento que jalónó con entrega y dedicación la realidad actual, excepción a la regla según la cual las mujeres poco teníamos que hacer en las disciplinas físico deportivas; ingentes luchas debió librar para ser tenida en cuenta, ya que no era educadora física y su dedicación al baloncesto la habilitó dentro de la nómina profesoral. Gracias a su gestión pudo concretarse el grupo de investigación Cultura Somática, el más antiguo dentro de los que hoy funcionan en la unidad académica. A ella un destacado lugar dentro de esta memoria.

Alfonso Serna, profesor y pionero en nuestra ciudad de la educación física como disciplina académica autónoma, rigurosa y exigente. Se caracterizó este educador por haber llevado sus amplios conocimientos, no sólo al naciente Instituto en su fundación, sino a los más importantes establecimientos de secundaria de la ciudad de Medellín. El Liceo Marco Fidel Suárez recibió sus aportes valiosos en el ámbito de los deportes en general, y de la educación física en particular. Generaciones de destacados deportistas y de cultores de la actividad física deben a él sus mejores logros. A su memoria un agradecimiento.

Alfonso Mejía, admirado docente, desprovisto un tanto del rigor prusiano, en boga por la época, dedicado más a la enseñanza de la natación, del baloncesto y en general de la pedagogía deportiva; Ricardo Lagoeyte, incansable trabajador del fútbol, deporte que inculcaba de manera casi febril entre los estudiantes de aquellos días en lo estratégico y en la preparación física. También enseñaba este profesor los principios básicos y metodológicos del incipiente atletismo con resultados sorprendentes, pues la Liga de Atletismo Departamental se nutría en mucho de sus alumnos.

Buscando en los recuerdos, un poco ya lejanos, la improvisación en cuanto a la metodología empleada para la enseñanza de la rítmica, debo decir que se actuaba más con el entusiasmo que con criterios y prácticas inspirados en una escuela o tendencia elaborada conforme a lo que hoy tenemos, verbigracia se transplantaban principios rítmico melódicos traídos de distintos métodos e influencias, generalmente europeas.

Sobresale en aquellos días el ponderado método de Jaques Dalcroze, según el cual *la rítmica es una educación activa por la música y para la música*, desprendido de la actividad física rigurosa, con la participación actuante del cuerpo, incluida la voz y los sentidos, auditivo, visual, táctil y kinestésico.

Cómo no citar el método elaborado por el pedagogo belga Edgar Willems, concepción según la cual *la educación musical es, en su naturaleza, esencialmente humana y sirve para despertar y desarrollar las facultades humanas*. También nos asistía la escuela de Karl Orff, pedagogo austriaco, quien concebía como *eje de su pedagogía musical el movimiento corporal, utilizándolo en todas sus posibilidades comunicativas*.

Avanzando que fueron los días, en lo tocante a la educación rítmica, se conservaron los principios propios de las escuelas europeas que venimos de mencionar, adaptados y ensamblados con los ritmos y los aires musicales nacionales, nuestros. En tal sentido, se registraron notables avances, si se compara lo que hacíamos en esas incipientes disciplinas con lo que estaba en boga en los países desarrollados.

Párrafo suprimido².

Aquí, un poco subvirtiendo la lógica del orden propuesto, narro la manera como me vinculé en calidad de docente del curso Educación Rítmica I al Departamento de Educación Física, a la edad de 23 años, demasiado joven, e indocta en una disciplina ya elaborada, con visos académicos definidos, no obstante traer los conocimientos y la teoría musical e instrumental del piano. Al fin y al cabo la educación física es asistida por el ritmo y por las formas musicales.

Por recomendación de la profesora Maritza Castañeda Valencia, quien viajaba a Londres a estudiar musicoterapia, me postulé al cargo por ella dejado sin el lleno de los requisitos académicos indispensables, pues me faltaba un mes para recibirme como licenciada en educación musical, completando los cursos por ella iniciados, con las limitaciones y temores propios de mi inexperiencia y juventud, pero asistida por enorme entusiasmo y la comprensión e indulgencia, tanto de mis colegas docentes como de los educandos, muchos de los cuales resultaban mayores que la propia profesora.

Con anterioridad a la citada profesora Castañeda Valencia, recuerdo cómo estuvieron al frente de la enseñanza del curso a mí encomendado, las profesoras Haydé Marín y Ana María Henao, quienes emigraron en busca de perfeccionar sus conocimientos académicos. Se advierte de la situación imperante que la rítmica y el trabajo de expresión corporal fuesen transmitidos por docentes músicos de formación y profesión, perfilándose gran avance académico; hubo ya solidez y autonomía en la enseñanza de los principios rítmicos propiamente tales, como sustento del plan de estudios de los educadores físicos. Todo manifestado en la coordinación motriz, el desarrollo de la capacidad auditiva, el desarrollo vocal y la ejecución instrumental, como piedras angulares del trabajo que hoy se realiza.

Los ejercicios rítmico-melódicos, contenido básico del curso Educación Rítmica I, materia por mí regentada, se ejecutaban al compás de las notas del piano que esta novel docente interpretaba en un rincón del aula de clases ubicada a un costado del Teatro Camilo Torres, en la parte superior; y cómo brindaron los estudiantes su dinámica y empeño para coordinar el pulso de la canción de turno, con la ejecución con palmas de la doble velocidad de aquél. Relevó cómo debían coordinar el ritmo de la palabra con claves, acompasado con la doble lentitud del pulso de la canción mientras se desplazaban a lo largo y ancho del recinto de clases.

Hacia el año de 1980 entregamos el salón que ocupábamos en tales clases y nos fuimos para el tercer piso del bloque 24, espacio sin división alguna, un lugar amplio e improvisado que permitía que los ruidos que se filtraban, interfiriesen el apacible silencio en las aulas ajenas a éstos, lo cual nos valía reclamos y llamados de atención que nos obligaron a marcharnos con *nuestra música a otra parte*; peregrinaje que persistió hasta cuando se nos acondicionó el

² El párrafo se eliminó por solicitud de la profesora Margot Reppel, en mayo 2 de 2013.

espacio conocido como el 26-105 o salón de rítmica y danzas. Aquí el origen físico locativo del Instituto propiamente tal. Años más tarde fuimos trasladados a la Ciudadela de Robledo.

Me recrea la alegría con la que aquellos estudiantes ascendían en los progresos registrados de manera evidente y por mí exaltados; ¡daba gusto tanto entusiasmo y tanta entrega! Era verdaderamente grata la satisfacción alcanzada cuando se lograba el ensamble de la voz con los ritmos cuando se ejecutaban canciones en forma de canon a dos y tres voces. ¡Me parece ver y oír a Darío Grajales interpretar Fray Santiago en la flauta! Qué bonita y gratificante evocación.

Descorriendo velos en la memoria, evoco los materiales didácticos y los instrumentos musicales utilizados para la clase: aros, bastones, pelotas, cintas; claves, tamboras, chinchines, maracas; era ya la consolidación de lo propio. Se abandonaron muchas influencias foráneas y se abrió paso lo autóctono. De la mano de Alberto Londoño, gran maestro de danzas, se adaptaron la cumbia, el porro, el mapalé, el bullerengue, el currulao, el bambuco, las vueltas antioqueñas, el pasillo, la guabina, el torbellino, y en general, nuestro rico surtido patrio.

Cómo eran de entusiastas las reuniones profesoriales de entonces. Se celebraban ellas en el segundo piso del bloque 12. Las amplias oficinas, algunas ubicadas en el segundo piso y otras en el tercero de tal bloque, albergaban la reducida planta de profesores vinculados, pues por aquellas calendas no se acostumbraba lo que hoy conocemos como profesor de cátedra, forma de vinculación ésta que denominaban auxiliares de cátedra, elegidos de entre los estudiantes más destacados, sin sujeción a carrera o régimen especial alguno que regulara su vinculación; a dedo. La pasividad no era invitada en el ánimo común; en aquellas discusiones era tal el compromiso, que a veces se suscitaban acaloramientos y posiciones inconciliables entre nosotros. En tales discusiones se tocaban aspectos académicos, metodológicos, gremiales, políticos y un surtido temático tan variado que resultaba a veces incongruente; tal el ánimo y el deseo para construir lo que hoy tenemos y aprovechamos.

Destaco en lo puramente personal, que dada mi formación como música, sin muchos conocimientos físico deportivos entonces, sumado ello a mi juvenil momento, no era muy tenida en cuenta en tales reuniones; estaba aprendiendo. En tal crecimiento obtuve el beneficio de una beca concedida por el gobierno alemán en el marco del mencionado convenio, en virtud del cual adelanté estudios de especialización en música y pedagogía de la danza en la Deutsche Sport Hochschule en la ciudad de Colonia. Un agradecimiento a tan bello suceso, con la oportunidad de estudiar las corrientes más avanzadas de la época en materia pedagógico musical.

A tales reuniones concurría don Werner Sonneschein, ciudadano de nacionalidad alemana, director del convenio por ese entonces; se asoma a esta memoria con sus ademanes festivos y su indumentaria informal, quien a contrapelo de la idiosincrasia de su gente, condujo su compromiso con criterio sencillo y asaz sensible. También para este educador de aquellos días un sentido reconocimiento con afectuoso recuerdo.

Dentro de las reuniones de profesores, aún veo y oigo a don Enrique Ríos defendiendo con erudición clásica el papel de los antiguos griegos y romanos en el devenir de las disciplinas estético físicas. En el grado de improvisación imperante, por lo incipiente de los fundamentos académicos en las nuevas disciplinas, don Enrique fungió como profesor de kinesiología, cuando, como se sabía, era él formado en educación física. Su vigorosa personalidad, que no

sabía de posiciones acomodadas, irreductible ante la injusticia, y su honradez conceptual, merecen destacarse dentro de estos gratos recuerdos. Fue un hito entre nosotros.

Don Alberto Vásquez aparece en mi memoria promoviendo la natación, sus bondades y sus estilos; lo mismo que el atletismo, el de a pie como lo conocemos entre nosotros. Su vida, un tanto difícil por las particulares circunstancias que le correspondió asumir dentro de la lotería biológica, se advertía matizada por frecuentes depresiones y pluralidad de desencantos, en especial con su permanencia que sentía ya larga en la Universidad, y con el diario deshojar de los días laborales en el viejo calendario de la Compañía de Tabaco. Era bien particular su posición existencial. Todavía lo recuerdo durante los descansos oteando la vida universitaria, con su pequeño radio de pilas junto a la oreja ¡Vívido recuerdo!

Animador de las reuniones que estoy recordando fue don Alberto Londoño y su trabajo con los textos de su autoría sobre danzas folklóricas nacionales. Sus textos pedagógicos en la materia conservan plena vigencia a pesar del tiempo, es invaluable su aporte, infortunadamente desdeñado en el plan de formación de hoy. Un destacado reconocimiento a su meritoria labor.

Siguiendo con el tema de las reuniones de aquel entonces, veo a don Hendricks Cuesta, de figura morena y fuerte, profesor de béisbol y sóftbol, escudriñando de entre sus alumnos las aptitudes para la conformación de los equipos que habrían de competir en los eventos por él programados de manera bien entusiasta.

Poco tiempo estuvo con nosotros don Baltazar Medina, a quien distingo por el dinamismo que acompañaba su actividad al frente del baloncesto, disciplina a la que tanto ha entregado desde los días que abarcan esta evocación.

Los juegos básicos y la recreación tuvieron al frente a don Jorge Páez. La gorra que siempre coronaba su cabeza singulariza este recuerdo. El exitoso programa que aún hoy convoca a las familias de los diferentes estamentos universitarios es obra suya. En tales eventos gozan de recreación y lúdica los familiares nuestros. Ya en lo académico, a pesar de lo rudimentario de la metodología en vigencia, y de las limitaciones de un proyecto en ciernes, cumplía él de manera cabal con su asignatura. Como dato curioso, siempre advertí cierto halo de misterio en sus maneras. Paranchín y reservado.

Como transporte hacia la Universidad empleábamos la motocicleta llamada lambreta o vespa; siempre opté por la primera. A don Benjamín Díaz lo recuerdo viajando también en motocicleta. Destaco de este personaje su afición por saber de nosotros: ningún detalle de nuestras actividades públicas y privadas, santas y *non sanctas*. Singular personaje, profesor de baloncesto, que nos asistía para matizar las dudas y aquietar los miedos propios de la juventud de entonces. Su bondad y su desinterés son proverbiales, tienen vigencia en mi afecto. Su peculiar motilado con el cabello lacio a ambos lados de la cabeza singularizaban su aspecto. A él mi más cálido y afectuoso recuerdo.

También dentro de los usuarios del transporte en motocicleta cuento a don Fernando Estrada, profesor de voleibol por esos días, dinámico activista de la práctica física recreativa entre educandos y profesores; promotor de la actividad competitiva en atletismo. Como fruto de su aprendizaje en Alemania y en retribución a las condiciones del convenio con ese país, impulsó notablemente la didáctica y pedagogía del voleibol.

Don Juan Oviedo tiene presencia en estas líneas como un profesor caracterizado por el rigor académico. La tenacidad y empeño con los que asumía sus quehaceres le llevaron a cultivarse en la música desde aquél entonces, a pesar de laborar académicamente como gimnasta. Sus inquietudes en el tema musical propiciaban conmigo largas conversaciones en torno a valores rítmicos, alteraciones, tonalidades, acordes, intervalos, y un sin fin de fiorituras que más tarde engalanarían sus interpretaciones, ya pulido en el conocimiento musical.

Como anécdota curiosa y que habla de las ambigüedades que surgían en el incipiente Instituto, conté con los malos ojos del profesor Marcos Barrios, quien, como jefe de departamento que era, argüía incompatibilidad entre mi trabajo como música y la enseñanza de contenidos rítmicos; un menester musical por excelencia. Simpática paradoja de aquellos días.

Para finalizar el recuerdo de los profesores que iniciaron actividades por los días de mi vinculación a lo que hoy es el Instituto, menciono a don Alberto Pareja, experto en fútbol y docente en la misma disciplina. Transmitía sus conocimientos con una pasión que contrastaba con su manera calma y pausada de ser. Los oncenos que dirigía eran preparados para vencer en las competencias, como única opción posible.

El Instituto de Educación Física que hoy conocemos carecía en su génesis de autonomía y estaba adscrito al Departamento de Administración y Currículo de la Facultad de Educación. Tal jerarquía administrativa, imprecisa, dio lugar a frecuentes fricciones entre nosotros, pues la distribución poco clara de funciones, organizada sin protocolo alguno, producía colisión de intereses y choques apasionados por causas académicas: un sector de entre los profesores no era partidario de la metodología y políticas educativas, tanto de don Alfonso Serna, como de don Alfonso Mejía, quienes por su orientación académica, el primero *militarista*, de corte prusiano, y el segundo indulgente y bondadoso, polarizaban opiniones y posiciones.

El citado don Alfonso Mejía era apasionado del campo; su amor por la naturaleza y por todas sus criaturas revelaba un ser sensible y generoso. Durante los incontables momentos en que oí su palabra, motivada por la necesidad de consejo, tuve un segundo padre dentro de la Universidad. Carezco de espacio para honrar, en justicia, a tan bondadoso maestro. Sea este el momento para reivindicar su bondad para conmigo.

No puedo dejar de mencionar el papel de la recordada secretaria de la época, coloquialmente llamada Marinita, doña Marina Zuluaga, infatigable auxiliar de nuestras actividades, la encargada de *irrumper* en las sesiones profesoriales con el recado de una llamada telefónica, o el mensaje de una novedad en casa, o la ocurrencia de un evento extraño en la propia Universidad; mensajera leal que servía con afecto en el único teléfono asignado a la dependencia toda. Pero a más de ello, de su rol de coordinadora entre el grupo de docentes, se encargaba de descifrar los garabatos manuales que le entregábamos como borradores de trabajo, para ser transcritos y difundidos en la revista Educación Física y Deporte y demás publicaciones de la dependencia por nosotros orientadas. De manera paciente y esmerada dibujaba las convenciones musicales que, sin entender, contenían los artículos que recién comenzaba a pergeñar quien estas memorias escribe.

A grandes rasgos, mirado el devenir del Instituto y la época que vivíamos, realzo la pasión a veces convertida en desmesura en toda la actividad universitaria. La cátedra no era ajena al fervor del tema político, tan caldeado en los tiempos de la guerra fría, durante los dorados años setenta. Desde esa trinchera y desde las cafeterías mismas se libraban acalorados

debates, con matices variopintos, en relación con la utopía comunista y sus sueños, inherentes a la muchachada de aquellos días. A tal desproporción se llegaba, que a veces se sugerían graciosas consignas, grafitadas en las paredes del campus invitando a la revolución comunista con todas sus variantes, hora línea pro China, dura y radical; ora línea Moscú o mamerta. Todo estimulado por las organizaciones estudiantiles que poblaban la vida en el Alma Mater. Ejemplo de curiosa concepción político académica era aquél según el cual *No importa el nivel académico; lo que importa es la beligerancia*. Tal era, a veces, el trastocamiento de conceptos como consecuencia de la pasión y el calor de los debates. A pesar de ello, no puede dejar de reconocerse en la juventud de entonces el compromiso por saber de lo público y de la organización y marcha del Estado. En aquel tiempo las universidades todas, en especial las públicas, fueron escenario y reflejaron en su interior las manifestaciones del conflicto este oeste protagonizado por las grandes potencias: EEUU versus URRSS, con sus respectivos satélites.

Lo que hoy tenemos como Instituto, si bien consulta una calidad reconocida dentro y fuera de las fronteras colombianas, no adolece de carencias; acusa necesidades físicas y de orientación como conceptos macro. Es necesaria una política universitaria de grande aliento.

Las anteriores palabras reflejan mi particular y nostálgica visión del génesis y desarrollo del Instituto de Educación Física y Deportes de la Universidad de Antioquia. En sus amadas aulas han corrido 30 años de mi vida, no solamente laboral, sino afectiva. Quiero en ellas rendir tributo de admiración a todas las personas que nos acompañaron durante la evolución y crecimiento de esta dependencia. Aquí, dentro de estos recintos, he pasado grandes momentos de mi vida. Valga este afectuoso homenaje a quienes hicieron posible la realidad académica que hoy nos enorgullece dentro del concierto universitario nacional. Gracias.